

*El turismo político  
durante la Guerra Civil:  
viajeros británicos  
y técnicas de hospitalidad  
en la España republicana,  
1936-1939 \**

Hugo García  
UNED

*Resumen:* Este trabajo estudia uno de los principales medios de propaganda que empleó la República española para conquistar a la opinión internacional durante la Guerra Civil: los viajes organizados de personalidades extranjeras. El turismo político, a veces considerado como una peculiaridad de los regímenes socialistas, fue empleado por los dos bandos durante el conflicto, pero los republicanos lo practicaron con más asiduidad y maestría gracias, en parte, a sus vínculos con la Comintern. El texto se centra en el país que aportó más «turistas de guerra» al bando gubernamental: Gran Bretaña. A partir de fuentes españolas y británicas, describe los servicios encargados de organizar los viajes, las motivaciones de los distintos turistas, el contenido de sus visitas y las consecuencias políticas que éstas tuvieron en Gran Bretaña. Su conclusión es que la campaña republicana constituyó un ejercicio de propaganda notable, aunque no produjo los efectos deseados y no compensó la inversión de dinero y esfuerzo que había exigido.

*Palabras clave:* turismo político, viajes organizados, Guerra Civil española, propaganda republicana, opinión pública británica.

*Abstract:* This paper analyzes one of the chief propaganda techniques employed by the Spanish Republic in order to seduce international public opinion during the Spanish Civil War: organized tours by foreign personalities. Political tourism, traditionally considered as a distinctive feature of socialist regimes, was employed by both sides during the 1936-1939 conflict, but Republicans were better at it thanks, partly, to their ties to the Comintern. The paper focuses on the country which fur-

---

\*Accésit VII Premio de Jóvenes Investigadores.

nished the greater number of «war tourists» to the loyalist side: Great Britain. Drawing on Spanish and British sources, it describes thoroughly the services which organized the trips, the motivations of each tourist, the content of their visits, and their impact on British media and politics. The author concludes that the Republican campaign was a remarkable propaganda exercise, although it did not achieve the desired results and was therefore a waste of money and efforts.

*Keywords:* political tourism, organized tours, Spanish Civil War, Republican propaganda, British public opinion.

«No; en mi opinión todo lo que quepa sacar de la política internacional para nuestra causa, hay que obtenerlo en París y en Londres, y en Londres más que en ningún otro sitio... Hay que ganar Londres a toda costa. [...] ¿Cómo? De una parte sacudiendo a la opinión pública en todos los sectores, y en ese aspecto la visita de la delegación eclesiástica británica ha sido un acierto insuperable. De otra llamando constantemente al interés brutal y egoísta del British Empire».

Julio Álvarez del Vayo <sup>1</sup>

«El Congreso no ha valido nada. Ha venido poca gente y poquísima de renombre. La aportación española no ha sido más lucida (...) le cuesta un dineral al Estado...».

Manuel Azaña <sup>2</sup>

Se ha escrito mucho sobre la repercusión internacional de la Guerra Civil, pero quizá no se ha reflexionado lo suficiente sobre la cantidad de extranjeros que pasaron por España durante el conflicto. Entre ellos había corresponsales, fotógrafos, cineastas, escritores y artistas, como se ha señalado a menudo, pero también personas que venían invitadas por uno de los gobiernos en liza y sin un propósito definido: sus viajes solían consistir en recorrer los frentes y otros

<sup>1</sup> Julio Álvarez del Vayo, ministro de Estado de la República española, en carta a su embajador en París de 9 de abril de 1937, poco después de la visita a la zona republicana de una delegación presidida por el deán de Canterbury.

<sup>2</sup> Observaciones del diario de Manuel Azaña, presidente de la República, acerca del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en Valencia, Madrid y Barcelona a principios de julio de 1937.

lugares de actualidad, entrevistarse con personalidades españolas y contar su experiencia en libros o artículos. Las memorias de la época contienen muchas referencias a estos «turistas de guerra»; sus relatos y crónicas de viaje constituyen fuentes históricas valiosas<sup>3</sup>. Pese a ello, los investigadores no se han preocupado de analizar sus motivos para venir a España, las condiciones en que se desarrollaban sus visitas y su significado político. Los viajes a la zona republicana se conocen especialmente poco, aunque su importancia fue muy superior —cuantitativa y cualitativamente— a los que se hicieron a la zona sublevada<sup>4</sup>.

El propósito del presente artículo es abordar este aspecto de la guerra —en concreto, las visitas de ciudadanos británicos a la España gubernamental— como un episodio fundamental en la historia del turismo político. La bibliografía sobre los viajes organizados pone de relieve su singularidad respecto a otros géneros de viaje: su aparición a principios del siglo XX no estuvo vinculada al desarrollo del turismo de masas, sino al nacimiento de la propaganda moderna durante la Primera Guerra Mundial<sup>5</sup>. De ahí el desarrollo que experimentaron durante los años veinte y treinta, cuando los regímenes totalitarios —sobre todo la Unión Soviética— los convirtieron en un pilar básico de su política exterior<sup>6</sup>. La influencia que adquirió la Comintern sobre

---

<sup>3</sup> La expresión apareció simultáneamente a la realidad que designaba: Sefton Delmer la utilizó en el *Daily Express* de 26 de noviembre de 1936 para referirse a los integrantes de una delegación parlamentaria británica recién llegada a Madrid.

<sup>4</sup> Sobre el «turismo de guerra» franquista, por lo demás, muy similar al republicano, véase KEENE, J.: *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain During the Spanish Civil War*, Londres, Leicester University Press, 2001, pp. 45-66.

<sup>5</sup> El concepto de «propaganda moderna» se explica en TAYLOR, P.: *Munitions of the Mind. A History of Propaganda from the Ancient World to the Present Day*, Manchester, Manchester University Press, 1995, pp. 173-174. No existe ninguna monografía sobre los viajes organizados durante la Primera Guerra Mundial; para el caso español, véanse VARELA, J.: «Los intelectuales españoles durante la Gran Guerra», *Claves de Razón Práctica*, 88 (1998), pp. 27-37, y la réplica de JULIÁ, S.: «Azaña ante la Gran Guerra», *Claves de Razón Práctica*, 94 (1999), pp. 64-67.

<sup>6</sup> Véanse MARGULIES, S.: *The Pilgrimage to Russia. The Soviet Union and the Treatment of Foreigners 1924-1937*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1968; HOLLANDER, P.: *Political Pilgrims: Western Intellectuals in Search of the Good Society*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1998; MAZUY, R.: *Croire plutôt que voir?: les voyages en Russie soviétique (1919-1939)*, París, O. Jacob, 2002; FAYET, J.-F.: «Entre mensonge, engagement et manipulation: les témoignages d'occidentaux ayant séjourné en URSS», en JACCARD, J. P. (dir): *Un mensonge déconcertant? La Russie au XX<sup>e</sup> siècle*, París, L'Harmattan, 2003, pp. 377-418. La propaganda turística nazi se estudia en

los servicios de propaganda de la República a partir del 18 de julio de 1936 explica, en parte, la importancia que concedieron los gobiernos españoles al turismo político<sup>7</sup>. Conscientes del interés que despertaba la guerra en el mundo, se desvivieron por atraer a España a personalidades de otros países, con la esperanza de que a su regreso difundirían «la verdad» y presionarían a sus gobiernos para que abandonasen la política de No-Intervención. Contrariamente a lo que ha señalado Hollander, la República tuvo los suficientes recursos como para emular a la Unión Soviética en el empleo de lo que este autor denomina «técnicas de hospitalidad»<sup>8</sup>.

### La hospitalidad del gobierno de la República

Esta espectacular operación, que trajo a España a cientos de extranjeros (a menudo ilustres) en poco más de dos años, fue en gran medida resultado de los vínculos previos entre la izquierda española y la Comintern. A raíz del fracaso de la insurrección de octubre de 1934 y el encarcelamiento de sus promotores, el PSOE y el resto de organizaciones implicadas lanzaron una campaña de protesta contra el gobierno de centro-derecha que pronto fue secundada por los antifascistas de toda Europa. El presidente del comité pro-presos, el socialista Julio Álvarez del Vayo, consiguió la colaboración del comunista alemán Willi Münzenberg, jefe de propaganda de la Comintern en Europa desde 1921: él mismo había viajado varias veces a la Unión Soviética y estaba familiarizado con los métodos de propaganda de los comunistas, basados en la instrumentalización de causas «humanitarias». Para transmitir a la opinión británica los horrores de la represión de Asturias, ambos organizaron una «comisión de investigación» formada por dos parlamentarios laboristas curtidos en la campaña de Münzenberg contra el Tercer Reich, Lord Listowel y Ellen Wilkinson, y los enviaron a España a mediados de octubre. Sus

---

SCHWARZ, A.: «British Visitors to National Socialist Germany: In a Familiar or in a Foreign Country?», *Journal of Contemporary History*, vol. 28, 3 (1993), pp. 487-509.

<sup>7</sup> Los vínculos entre los servicios de propaganda de la República y los de la Comintern se analizan con más detalle en mi tesis doctoral *La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, UNED, 2005, inédita.

<sup>8</sup> El concepto de «técnicas de hospitalidad» se explica en HOLLANDER, P.: *Political Pilgrims...*, *op. cit.*, pp. 347-399.

denuncias sobre las torturas que se habían practicado en las cárceles españolas —unidas a las que realizó en 1935 otra diputada laborista, Leah Manning, que había visitado España en vísperas de Navidad— alimentaron la protesta internacional contra el gobierno español, que acabó conmutando la mayoría de las sentencias de muerte dictadas contra los revolucionarios<sup>9</sup>.

El movimiento contra la represión asturiana prefiguró la estrategia del gobierno del Frente Popular tras la sublevación de julio de 1936. Del Vayo y Münzenberg reanudaron su colaboración poco después del golpe, cuando el primero entró en el gobierno de Francisco Largo Caballero como ministro de Estado. Ante la necesidad de hacer frente a la campaña de desprestigio emprendida por los insurgentes, encargó al alemán que se hiciera cargo de la propaganda gubernamental; éste aceptó y puso a su lugarteniente Otto Katz al frente de las operaciones<sup>10</sup>. Este comunista checo, que había acompañado a Listowel y Wilkinson durante su citado viaje, organizó la primera delegación británica de relieve que visitó la zona gubernamental, el grupo de parlamentarios laboristas que llegó a Madrid a mediados de septiembre de 1936 para «investigar» la ayuda de Italia y Alemania a los sublevados. Katz también estuvo detrás de la visita a España de una delegación encabezada por la duquesa de Atholl a mediados de abril de 1937: el novelista Arturo Barea, que trabajaba entonces como censor del gobierno en Madrid, le recuerda escoltando a la diputada conservadora por las calles de la capital<sup>11</sup>. Como jefe de la agencia de prensa del gobierno en París, el checo siguió ocupándose de estas tareas hasta finales de 1937: él negoció la visita a España de una delegación franco-británica presidida por el secretario general del partido laborista, Clement Attlee, la que más resonancia tuvo de toda la guerra.

Por esas fechas Katz cesó como director de la *Agencia España* y dejó de trabajar para los republicanos, pero sus funciones turístico-políticas fueron heredadas por otro agente de la Comintern instalado en París, el periodista norteamericano Louis Fischer. Entre sus diversas actividades, Fischer se ocupaba de formar delegaciones británicas con destino a España; el embajador republicano en Londres, Pablo

<sup>9</sup> El relato de los viajes se basa en la tesis citada, pp. 47-50.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 165 y ss.

<sup>11</sup> BAREA, A.: *La llama*, Barcelona, Plaza y Janés, 1990, pp. 291.

de Azcárate, informó a finales de 1937 a Juan Negrín —que en mayo había sustituido a Largo Caballero como presidente del consejo— de que consideraba su labor «muy beneficiosa» para la República<sup>12</sup>. Según esta carta, ambos estaban preparando simultáneamente los viajes de dos delegaciones parlamentarias laboristas, otra liberal, otra de científicos, otra de escritores y artistas y otra de juristas. Al parecer, el embajador invitaba a los delegados en nombre del gobierno y Fischer negociaba con ellos los detalles de la visita. A juzgar por la contabilidad de Azcárate, los gastos de viaje corrían casi siempre por cuenta de la Embajada: entre septiembre de 1936 y julio de 1938, ésta financió los viajes a España de treinta y nueve personalidades *británicas* (entre ellas figuraban el novelista norteamericano Waldo Frank y el líder nacionalista indio Jawaharlal Nehru)<sup>13</sup>.

Además de atraer a los turistas y costearles el viaje, el gobierno debía acogerlos durante su estancia. Éste era uno de los cometidos de la Oficina de Prensa Extranjera creada en septiembre de 1936 por Del Vayo y dirigida sucesivamente por el socialista Luis Rubio Hidalgo y la comunista Constanca de la Mora<sup>14</sup>. La Oficina, dependiente del Ministerio de Estado, tenía delegaciones en Valencia y en Madrid, que siguieron funcionando tras el traslado del gobierno a Barcelona en noviembre de 1937. Su personal, que aumentó de unos veinte empleados a finales de 1936 a unos cincuenta a mediados de 1938, se encargaba de proporcionar a los turistas alojamiento, transporte e información. Generalmente los alojaba en los mejores hoteles de la zona gubernamental: en Madrid, la ciudad más visitada durante la mayor parte de la guerra, sus favoritos eran el Florida de la Gran Vía y el Victoria de la plaza del Ángel<sup>15</sup>. Cuando el gobierno se mudó a Barcelona los visitantes más distinguidos se alojaban en la residencia del presidente Negrín, que tenía un anexo reservado para estas eventualidades<sup>16</sup>. En lo relativo al transporte, los republicanos tampoco reparaban en gastos: Clement Attlee y sus acompañantes se desplaza-

<sup>12</sup> Azcárate a Negrín, 2 de diciembre de 1937, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE): Archivo Pablo de Azcárate, 106, 3.

<sup>13</sup> «Propaganda realizada por la Oficina de Prensa de la Embajada de España en Londres, desde el 15 de septiembre de 1936 hasta el 31 de julio de 1937», AMAE: Azcárate, 104/7; certificado de 31 de julio de 1938, AMAE: Azcárate, 151/1.

<sup>14</sup> La Oficina se estudia con más detalle en mi tesis doctoral, *op. cit.*, pp. 115-128.

<sup>15</sup> DELMER, S.: *Trail sinister*, vol. 1, Londres, 1961, pp. 316-319.

<sup>16</sup> ÁLVAREZ DEL VAYO, J.: *Freedom's Battle*, Londres, 1940, p. 220.

ron por España en el avión particular de Negrín; el cantante norteamericano Paul Robeson, que también llegó a finales de 1937, lo hizo en «un enorme Buick»<sup>17</sup>.

Los extremos a que llegaba el gobierno para mimar a sus huéspedes se reflejan en los testimonios que nos quedan del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en Valencia, Madrid, Barcelona y París a principios de julio de 1937. La novelista Sylvia Townsend Warner, miembro de la delegación británica, contó a su regreso: «nos agasajaron con una hospitalidad de cuento de hadas; fueron muy generosos, todo estaba planeado minuciosamente»<sup>18</sup>. Según su compañero Stephen Spender, los escritores habían viajado en Rolls-Royce y se habían alojado en los mejores hoteles. El poeta Juan Gil-Albert, uno de los secretarios de organización del congreso, recuerda el estupor que le produjo la magnificencia de uno de los banquetes que se ofrecieron a los delegados en Valencia<sup>19</sup>. Algunos huéspedes de la República advirtieron también la desproporción entre la generosidad de las autoridades y la situación económica del país: al teniente coronel R. T. H. Fletcher, miembro de la delegación laborista que visitó Madrid a principios de 1938, el banquete que le ofreció el general Miaja le produjo una pésima impresión, y al finalizar su visita recomendó al gobierno que suprimiera estos ágapes<sup>20</sup>.

Pero la hospitalidad tenía una contrapartida: el control político de los visitantes. Para ocuparse del tema, el gobierno creó a principios de 1937 un Negociado Especial para Extranjeros, dependiente de la Dirección General de Seguridad y formado por representantes de los ministerios de Estado, Guerra y Propaganda<sup>21</sup>. El departamento debía proporcionar a los turistas un carné especial y un acompañante: éste tenía apuntado el itinerario previsto y estaba obligado a con-

<sup>17</sup> VERNON, B.: *Ellen Wilkinson, 1891-1947*, Londres, Croom Helm, 1982, p. 165, y HALDANE, C.: *Truth will out*, Nueva York, 1950, pp. 124-131.

<sup>18</sup> USANDIZAGA, A. (ed.): *Ve y cuenta lo que pasó en España. Mujeres extranjeras en la Guerra Civil: una antología*, Barcelona, Planeta, 2000, pp. 128-130.

<sup>19</sup> El estudio definitivo sobre el congreso es AZNAR SOLER, M., y SCHNEIDER, L. M.: *II congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura (1937)*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1987, 3 vols. Las citas de Spender y Gil-Albert provienen del vol. 3, pp. 436-442 y 389-393.

<sup>20</sup> FLETCHER: «Diary of a Visit to Spain January 13<sup>th</sup> to 26<sup>th</sup>, 1938», Public Record Office (PRO), FO 371 / 2267, W 2091.

<sup>21</sup> *Gaceta de la República*, 15 de enero de 1937, p. 321.

sultar cualquier cambio. Los guías-intérpretes del gobierno solían ser jóvenes formados en Inglaterra. Algunos eran funcionarios de la Oficina de Prensa Extranjera y se ocupaban también de censurar los despachos de los corresponsales acreditados en la zona republicana: entre ellos estaba Aurora Riaño, una joven de familia aristocrática y afiliada a la UGT<sup>22</sup>. El comunista Manuel Azcárate, hijo del embajador, también se dedicó a estas labores como secretario particular de Del Vayo: acompañó a la duquesa de Atholl a su paso por Valencia, mientras los censores Arturo Barea e Ilse Pollack, ambos socialistas, lo hacían en Madrid<sup>23</sup>. Había también guías militares, como el capitán de carabineros Fernando Castillo, un antiguo funcionario del Ministerio de Agricultura. Los visitantes podían ir acompañados de varias personas: la delegación de la que formaba parte el teniente coronel Fletcher recorrió Madrid en compañía de Riaño, Castillo, un periodista norteamericano y un oficial de las Brigadas Internacionales. Bien para protegerles, bien para controlarles, los gubernamentales procuraban no dejar solos a sus huéspedes<sup>24</sup>.

## El turismo político en Cataluña y el País Vasco

Mientras duró su independencia, los sistemas de acogida y control de los gobiernos catalán y vasco se basaron en los mismos principios. En Cataluña, las técnicas del turismo político se desarrollaron muy pronto, porque la región era un punto de entrada obligado para los extranjeros que deseaban visitar la España gubernamental. El Comissariat de Propaganda de la Generalitat, creado por el joven intelectual de Esquerra Republicana Jaume Miravittles a principios de octubre de 1936, tenía entre sus competencias fomentar las visitas de extranjeros ilustres a Barcelona<sup>25</sup>. Según el cartelista Carles Fontseré, el encarga-

---

<sup>22</sup> BRERETON, G.: *Inside Spain*, Londres, 1938, p. 41. Véase «Personal de la Oficina de Prensa del Ministerio de Estado», 19 de diciembre de 1936, AMAE, R-546, 15, y *La Vanguardia*, 7 y 14 de enero de 1938.

<sup>23</sup> AZCÁRATE, M.: *Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la resistencia*, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 123, y BAREA, A.: *La llama...*, *op. cit.*, pp. 291-297.

<sup>24</sup> En los relatos de viaje y las crónicas de prensa aparecen otros guías que no he conseguido identificar.

<sup>25</sup> La organización del Comissariat se describe en CAMPILLO, M.: *Escriptors catalans i compromís antifeixista (1936-1939)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994, pp. 150-153.



do de organizarlas era el jefe de los Servicios Técnicos del Comissariat, el decorador Víctor Artís, que como Miravittles había formado parte del comité organizador de la Olimpiada Popular frustrada por la sublevación<sup>26</sup>. Los visitantes se alojaban en el hotel Majestic o el Ritz y eran agasajados en los mejores restaurantes de la ciudad, como La Punyalada y La Font del Lleó. También se les llevaba a menudo a Tossa de Mar, donde había un hostel regentado por una pareja de periodistas británicos, Archibald y Nancy Johnstone. Ella, que trabajó ocasionalmente como guía turística para el gobierno catalán, recuerda que la existencia del «Hotel Johnstone» en la Cataluña revolucionaria era una «propaganda excelente» para la Generalitat, que rodó un documental sobre el establecimiento cuando el aristócrata alemán Hubertus Löwestein almorzó allí en el verano de 1937<sup>27</sup>.

Según la trotskista británica Mary Low, que durante el otoño-invierno de 1936 trabajó en el Comissariat, sus superiores trataban de proyectar una imagen de «elegancia burguesa» ante los periodistas extranjeros: esta política se empleó también con los visitantes, como se refleja en el perfil social de los guías-intérpretes del Comissariat<sup>28</sup>. Entre ellos estaba Elizabeth Deeble, una joven norteamericana que había residido quince años en Barcelona: según Nancy Johnstone, era una «snob» y no tenía ni idea de política, pero como guía era «soberbia». O la suegra del príncipe Löwestein, una anciana que había vivido en Mallorca antes de la sublevación<sup>29</sup>. Los delegados del gobierno catalán en el extranjero también colaboraron en estas tareas: su representante en Londres, el joven escocés Donald R. Darling, acompañó al deán de Chichester y al poeta Louis MacNeice durante su estancia en Barcelona<sup>30</sup>. El Comissariat, en suma, desempeñó un papel muy activo en la propaganda turística de la República, al menos hasta que el gobierno central se instaló en la capital catalana en noviembre de 1937.

---

<sup>26</sup> *Memòries de un cartellista català (1931-1939)*, Barcelona, Pòrtic, 1995, pp. 329-330.

<sup>27</sup> *Hotel in Spain*, Londres, 1939, pp. 112-116.

<sup>28</sup> LOW, M., y BREÁ, J.: *Red Spanish Notebook*, Londres, 1937, pp. 204-206.

<sup>29</sup> JOHNSTONE, N.: *Hotel in Spain*, Londres, Faber and Faber, 1937, pp. 112-116.

<sup>30</sup> En una carta al obispo de Gibraltar de 27 de febrero de 1937, el cónsul británico en Barcelona interpretaba la presencia de Darling al frente de la delegación encabezada por el deán de Chichester que acababa de visitar la ciudad como prueba de que el viaje era «un acto de propaganda para los rojos». PRO, FO 371/21390, 100585.

Poco después de su formación en octubre de 1936, el gobierno de Euzkadi organizó su propio sistema para acoger a los visitantes extranjeros, aunque los relatos de viaje dan poca información sobre su funcionamiento. En el País Vasco republicano el turismo político dependía de la Oficina de Prensa Extranjera del gobierno de José Antonio Aguirre, fundada a finales de 1936 en Bilbao<sup>31</sup>. Su director era Bruno de Mendiguren, un joven ingeniero nacionalista formado en Francia y Bélgica: los corresponsales británicos que le trataron le recuerdan como un hombre cordial que concedía a la prensa una gran libertad de movimientos<sup>32</sup>. Pero los visitantes iban tan acompañados como en el resto del territorio gubernamental, como se refleja en la carta que la delegación presidida por el deán de Canterbury envió a un diario británico tras su estancia en el País Vasco, en abril de 1937. Los delegados recordaban que su guía «estuvo con nosotros un día hasta las cuatro de la madrugada, cuando algunos de nosotros regresamos de una visita a las trincheras. Volvió cuatro horas más tarde, tras un pequeña siesta»<sup>33</sup>. Pero la entrada de los franquistas en Bilbao, en junio, acabó con los experimentos turísticos del gobierno vasco.

## Los viajeros

Con este modesto equipo y un gran esfuerzo presupuestario, la República acogió a unos 120 «turistas de guerra» británicos —algunos visitaron España varias veces— entre septiembre de 1936 y enero de 1939. Los viajeros constituían una muestra bastante representativa de la sociedad británica de la época: entre ellos había parlamentarios de todos los partidos (cincuenta y cinco laboristas, once comunistas, diez liberales, siete conservadores y cuatro laboristas independientes). Completaban el grupo unos veinte representantes de los sindicatos, otros tantos de las profesiones intelectuales (escritores, artistas, científicos, profesores y expertos de diverso tipo), diez clérigos, nueve estudiantes, dos oficiales y dos periodistas (no incluyo aquí a los corresponsales de guerra). Había viajeros de todos los orígenes socia-

---

<sup>31</sup> UGALDE, A.: *La acción exterior del Nacionalismo Vasco (1890-1939)*, Bilbao, Instituto Vasco de Administración Pública, 1996, p. 541.

<sup>32</sup> STEER, G. L.: *The Tree of Gernika*, Londres, 1938, pp. 132-133; MONKS, N.: *Eyewitness*, Londres, 1955, pp. 94 y ss.

<sup>33</sup> *Manchester Guardian*, 26 de abril de 1937.

les, desde la clase obrera hasta la aristocracia, y todas las confesiones religiosas (aunque la gran mayoría eran protestantes: según mis datos, sólo tres católicos británicos visitaron la zona gubernamental durante la guerra). La pluralidad del grupo, muy superior a la de los británicos que viajaron a la España franquista, refleja la amplitud de los apoyos que tenía la causa republicana en Gran Bretaña, así como los esfuerzos de los gobiernos central, catalán y vasco para atraerse a todos los sectores de opinión del país<sup>34</sup>.

El frente prorrepblicano británico era, en efecto, un movimiento interpartidista, aunque muy vinculado a la izquierda parlamentaria y social<sup>35</sup>. En Gran Bretaña, la República atrajo sobre todo a los partidarios de un Frente Popular contra el fascismo y de una alianza entre las potencias democráticas y la Unión Soviética, que en su mayoría militaban en los partidos obreros o las *Trade Unions*. Entre los británicos que visitaron la España gubernamental había relativamente pocos comunistas (algunos, como el poeta Stephen Spender o el universitario Philip Toynbee, acababan de sacarse el carné), pero muchos «compañeros de viaje», según una expresión de la época que designaba a los demócratas que simpatizaban con la URSS<sup>36</sup>. Este sentimiento, capaz de aglutinar a parlamentarios laboristas (Leah Manning, Ellen Wilkinson, Lord Listowel), clérigos anglicanos (Hewlett Johnson, deán de Canterbury) y aristócratas exiliados (Löwestein), era la cuña que había utilizado la Comintern para penetrar en la sociedad británica; la propaganda republicana encontró en él un terreno abonado<sup>37</sup>.

Pero la simpatía hacia el comunismo soviético no era una condición *sine qua non* para apoyar a la República, como demuestra el caso de la duquesa de Atholl, la única diputada conservadora que defendió sin matices a los gubernamentales<sup>38</sup>. Su adhesión a la causa fue con-

---

<sup>34</sup> El párrafo se basa en cálculos elaborados a partir de la bibliografía citada a lo largo del trabajo; su valor es meramente aproximativo.

<sup>35</sup> El mejor resumen de la posición de los distintos partidos británicos ante la guerra es BUCHANAN, T.: *Britain and the Spanish Civil War*, Oxford, OUP, 1997.

<sup>36</sup> El concepto se explica en CAUTE, D.: *The Fellow-Travellers. Intellectual Friends of Communism*, New Haven, Yale University Press, 1988, pp. 1-14 y 215-281.

<sup>37</sup> Sobre los vínculos de Wilkinson y Löwestein con Münzenberg véase también KOCH, S.: *Double lives. Stalin, Willi Münzenberg and the Seduction of the Intellectuals*, Londres, Harper Collins, 1995, pp. 188-191 y 223.

<sup>38</sup> HETHERINGTON, S. J.: *Katharine Atholl, 1874-1960*, Aberdeen, AUP, 1989, pp. 169 y ss.

secuencia directa de su descubrimiento del peligro nazi: hasta mediados de los años treinta se había distinguido por sus críticas al régimen soviético, pero la lectura de *Mein Kampf* a finales de 1935 le hizo cambiar de enemigo. A raíz de la intervención italo-alemana en la Guerra Civil tomó partido contra la No-Intervención: su visita a España no hizo más que confirmar una evolución previa. Esto fue lo que les sucedió a la mayoría de nuestros turistas: como señaló el teniente coronel Fletcher en su informe al Foreign Office, la mayoría de los británicos que fueron a España lo hizo porque creía «... que el gobierno español ha sido víctima de una rebelión de oficiales sediciosos y desleales, de una invasión de su territorio por Italia y Alemania provocada en gran medida por su animosidad contra nuestro propio país, de una vergonzosa privación de sus derechos soberanos por Francia y Gran Bretaña, y de una farsa cruel encarnada en el Comité de No-Intervención»<sup>39</sup>.

En comparación con estos turistas comprometidos, hubo muy pocos británicos que viajaran a la zona republicana simplemente para recoger información: la expresión con que el gobierno de Londres se refería a estos viajes —«misiones de investigación oficiosas»— sólo puede aplicarse con rigor a una decena de casos. Los ejemplos más claros son los tres diputados *tories* que visitaron Madrid en noviembre de 1936 para comprobar los efectos de los bombardeos franquistas sobre la capital<sup>40</sup>; los conservadores de museo Frederick Kenyon y James G. Mann, que recorrieron la zona gubernamental en agosto de 1937 para evaluar la situación del patrimonio artístico; o el comandante R. V. Goddard, que lo hizo en febrero de 1938 para estudiar el Ejército Popular<sup>41</sup>. Ninguno de ellos simpatizaba con la República antes de su viaje: Kenyon era amigo del duque de Alba, representante de Franco en Londres, que fue quien le indujo a interesarse por la situación del arte en la zona *roja* en una carta al *Times*<sup>42</sup>. Sus visitas a España fueron así consecuencia de la política de puertas abiertas adoptada por la República desde el principio de la guerra. Fueron, por tanto, éxitos de propaganda, aunque debe tenerse en cuenta que los republicanos cosecharon tam-

<sup>39</sup> «Diary of a Visit to Spain January 13<sup>th</sup> to 26<sup>th</sup>, 1938», *doc. cit.*

<sup>40</sup> MORA, C. DE LA: *Doble esplendor*, Ciudad de México, 1944, pp. 355-357.

<sup>41</sup> GODDARD: «Red Spain -February 1938», 15 de marzo de 1938, PRO, FO 371/22682 W 1546.

<sup>42</sup> Alba a Juan Antonio de Sangróniz, 22 de julio de 1937, AMAE: 589-R, 50.

bién fracasos en este terreno: ni el ex ministro conservador Winston Churchill ni el ex *premier* liberal David Lloyd George, por ejemplo, aceptaron sus reiteradas invitaciones<sup>43</sup>.

Evidentemente, las motivaciones de los británicos que visitaron España no pueden reducirse a la disyuntiva compromiso/investigación. Algunos viajeros tenían motivos personales para hacerlo: además de ser comunista, el biólogo J. B. S. Haldane había pasado largas temporadas en nuestro país con su mujer Charlotte (que también visitó la zona republicana a finales de 1937) desde principios de los años treinta<sup>44</sup>. Para los intelectuales británicos, viajar a España tenía un sentido aventurero y heroico, como ha señalado Cunningham<sup>45</sup>. El poeta Louis MacNeice confiesa en sus memorias que sus motivos para visitar Barcelona a finales de 1938 eran «puramente egoístas»: «estaba buscando sensaciones, probándome a mí mismo, deseoso de añadir una muesca a mi propia historia»<sup>46</sup>. Pero aunque cada turista tuviera sus propias razones para volar a París y coger un tren con destino a Barcelona, su experiencia en territorio español se parecía mucho a la de cualquier otro.

## Los viajes

Las crónicas de los británicos que participaron en viajes organizados a la España republicana llaman la atención por la recurrencia de ciertos temas, como la voluntad de resistencia del pueblo, la importancia de la ayuda italo-alemana a los sublevados, los terribles efectos de los bombardeos aéreos, la intensa política educativa y cultural del gobierno, su compromiso con la libertad religiosa o sus logros militares. Los relatos están casi siempre ambientados en las grandes ciudades o los frentes de combate, y dedican muy poco espacio a la situación en el resto del territorio. Algunas organizaciones políticas, en

---

<sup>43</sup> Azcárate a Churchill, 10 de abril y 13 de diciembre de 1937, AMAE: Archivo Azcárate, 106. El embajador invitó a Lloyd George en octubre de 1937, según le contó a Negrín el día 22.

<sup>44</sup> HALDANE, C.: *Truth...*, *op. cit.*, pp. 71 y ss.

<sup>45</sup> CUNNINGHAM, V.: *British Writers of the Thirties*, Oxford, Oxford University Press, 1988, pp. 419 y ss. FUSSELL, P.: *Abroad: British Literary Travelling between the Wars*, Oxford, Oxford University Press, 1980, pp. 132-138.

<sup>46</sup> *The strings are False. An Unfinished Biography*, Londres, 1965, p. 176.

particular la CNT-FAI y el POUM, tienden a ser ignoradas, y tampoco se habla de los conflictos entre las distintas facciones del bando gubernamental. Se trata, en suma, de crónicas escritas desde el punto de vista oficial, muy similares a las publicaciones de propaganda financiadas por los gobiernos de la República. De hecho, algunas fueron editadas por la Embajada española en Londres u otros organismos vinculados al Estado republicano<sup>47</sup>.

Al margen de su orientación ideológica, estas coincidencias se explican porque los huéspedes de la República no tenían acceso a fuentes de información no oficiales. Desde el día de su salida hasta el de su regreso estaban acompañados por dirigentes o funcionarios de los gobiernos central, catalán o vasco; su principal actividad era asistir a recepciones, entrevistarse con personalidades republicanas y hacer declaraciones a la prensa. Durante el Congreso de Escritores de julio de 1937, recuerda Stephen Spender, «los discursos, el champán, la comida, las recepciones y las habitaciones de hotel formaban una gruesa barrera que nos separaba de la realidad»<sup>48</sup>. Este ritmo de actividades conllevaba un enorme desgaste: según el *Times*, cuando Clement Attlee y sus acompañantes llegaron a Valencia desde Madrid el 7 de diciembre de 1937 estaban totalmente agotados por las recepciones y actos oficiales<sup>49</sup>.

---

<sup>47</sup> El párrafo se basa en los siguientes relatos, que enumero por orden aproximado de publicación: *Report and findings of Committee of Enquiry into Breaches of International Law relating to Intervention in Spain*, Londres, 1936; MCGOVERN, J.: *Why Bishops Back Franco*, Londres, 1936; *Spain: the visit of an all-party group of Members of Parliament to Spain*, Londres, 1937; *Spain Assailed. Student Delegates to Spain Report*, Londres, (1937); *Report of a group of Anglican and Free Churchmen who visited Spain, January 29 to February 9, 1937*, Londres, 1937; *Report of a recent religious delegation to Spain, April 1937, by the Dean of Canterbury et al*, Londres, 1937; ATHOLL, K., et al.: *Report of our visit to Spain (april 1937)*, Londres, 1937; *Art Treasures of Spain. Results of a visit by Sir Frederick Kenyon, former director of the British Museum, and Mr. James G. Mann, Keeper of the Wallace Collection*, Londres, 1937; LOEWESTEIN, H. F.: *A Catholic in Republican Spain*, Londres, 1937; ATTLEE, C., et al.: *We Saw in Spain*, Londres, 1938; POLLITT, H.: *Pollitt visits Spain*, Londres, 1938; SWAFFER, H.: *A British Art-Critic in Republican Spain*, s. l. [Barcelona], s. e., s. f. [1938]. *Our Journey to Spain [statements by J. Milner and other members of the Labour delegation to Spain, January 1938]*, Barcelona, 1938; *Spain 1938. Report of Trade Union and Labour Party members Delegation to Spain February 1938*, Londres, [1938]; *Spain and Ourselves*, Londres, 1938.

<sup>48</sup> *World within World*, Londres, Faber and Faber, 1991, pp. 241-243.

<sup>49</sup> *Times*, 8 de diciembre de 1937.

El programa de las visitas, en suma, constituía un circuito cerrado, compuesto sobre todo de actos protocolarios. Los dirigentes republicanos también se esforzaban por entretener a sus huéspedes: desde mediados de 1937, por ejemplo, hubo pocos viajes que no incluyeran una velada teatral. Los delegados al Congreso de Escritores asistieron a una representación de *Mariana Pineda* en Valencia; Clement Attlee y sus acompañantes vieron *Electra* en el Teatro Español de Madrid; la delegación laborista presidida por el diputado George R. Strauss vio allí *Fuenteovejuna* en enero de 1938<sup>50</sup>. A otros turistas se les obsequiaba con espectáculos hechos a su medida: Paul Robeson asistió a una fiesta flamenca en Madrid, y el grupo de universitarios de Oxford que visitó Barcelona en agosto de 1938 a un concierto de Brahms y a la ópera<sup>51</sup>.

Pero los viajeros no venían a España a divertirse, sino a adquirir una experiencia «real» que les capacitara para defender la causa de la República con argumentos sólidos. Para ello, sus anfitriones diseñaron una serie de itinerarios ajustados a las líneas maestras de la propaganda gubernamental, como se refleja en el programa de actividades de la duquesa de Atholl durante su estancia en Madrid<sup>52</sup>. La excursión, planeada por Arturo Barea, comenzaba con un paseo por los barrios más bombardeados, una actividad que figura en casi todos los relatos de viaje. En Madrid, se solía conducir a los turistas al barrio de Argüelles, que por su cercanía al frente era uno de los más castigados; las autoridades militares les informaban de las últimas cifras de víctimas civiles<sup>53</sup>. Las ruinas de Durango cumplieron la misma función durante un breve periodo: el deán de Canterbury estuvo allí poco después del bombardeo de 31 de marzo de 1937, encontrando una escena de «indescriptible desolación»<sup>54</sup>. En Barcelona, arrasada por la aviación italiana desde finales de ese año, se empleaban métodos más crudos: los sindicalistas que llegaron allí a principios de febrero de 1938 fueron con su intérprete al depósito de cadáveres<sup>55</sup>.

<sup>50</sup> *La Vanguardia*, 11 de enero de 1938.

<sup>51</sup> HALDANE, C.: *Truth...*, *op. cit.*, pp. 124-131. HEATH, E.: *The Course of My Life*, Londres, Hodder and Stoughton, 1998, pp. 52-56.

<sup>52</sup> BAREA, A.: *La llama...*, *op. cit.*, pp. 291-297.

<sup>53</sup> Cfr. BUCKLEY, H.: *Life and Death of the Spanish Republic*, Londres, 1940, pp. 267-268, y *La Vanguardia*, 20 de enero de 1938.

<sup>54</sup> *Report of a recent religious delegation...*, *op. cit.*, pp. 12-13.

<sup>55</sup> *Spain 1938...*, *op. cit.*, pp. 19-20. MACNEICE, L.: *The strings are False. An Unfinished Biography*, Londres, Faber & Faber, 1965, p. 189.

La ayuda de la Italia fascista y la Alemania nazi a los sublevados también formaba parte de casi todos los itinerarios. Durante la segunda mitad de 1936, la única prueba que los republicanos pudieron exhibir fue el material perdido por los aliados de Franco: los laboristas que visitaron Madrid en septiembre se llevaron consigo un paracaídas italiano y los restos de una bomba lanzada por un avión alemán<sup>56</sup>. Pero cuando capturaron en Brihuega a numerosos legionarios fascistas, a principios de marzo de 1937, no tardaron en rentabilizar el botín. Tanto el deán de Canterbury como la duquesa de Atholl se entrevistaron con varios de estos prisioneros que, según sus informes, les contaron una historia muy similar: todos habían venido a España engañados, pensando que se les contrataba para trabajar en Abisinia<sup>57</sup>. El tema fue perdiendo actualidad a medida que se acumulaban pruebas de la presencia de un cuerpo expedicionario italiano en España, pero las entrevistas con legionarios presos siguieron formando parte de los itinerarios al menos hasta principios de 1938<sup>58</sup>.

El programa de la duquesa de Atholl en Madrid continuaba con una misa en la iglesia protestante de Calatrava, otro de los grandes tópicos del turismo de guerra gubernamental. Los republicanos eran conscientes de que la persecución religiosa que se había producido a raíz de la sublevación había dañado mucho su imagen, y se esforzaban en mostrar a sus huéspedes que, aunque las circunstancias no permitieran el ejercicio normal del culto, la religión seguía existiendo en su territorio. Incluso los dirigentes de la CNT-FAI solían llevar a los extranjeros a ver la Sagrada Familia de Barcelona, una de las pocas iglesias de la ciudad que se había salvado de las llamas<sup>59</sup>. Por la catedral gótica, que también había sobrevivido, pasaron el deán de Canterbury y el príncipe Löwestein; en su condición de católico, éste asistió también a una misa privada y se entrevistó con el ministro de Justicia, el nacionalista vasco Manuel de Irujo, que le aseguró que su gobierno estaba decidido a reabrir las iglesias «en cuanto las circunstancias se lo [permitieran] y tan pronto como la Iglesia católica se

---

<sup>56</sup> *Daily Herald*, 25 de septiembre de 1936.

<sup>57</sup> ATHOLL, K., et al.: *Report of our visit to Spain...*, op. cit., pp. 6-7. *Report of a recent religious delegation...*, op. cit., pp. 18-19.

<sup>58</sup> Véase *La Vanguardia*, 12 de enero de 1938.

<sup>59</sup> LANGDON-DAVIES, J.: *La setmana tràgica de 1937 i altres vivències de la Guerra Civil a Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 1987, pp. 38-39.



[mostrase] leal hacia las instituciones...»<sup>60</sup>. Algunos turistas, como la duquesa de Atholl, se entrevistaron también con el vicario Leocadio Lobo, uno de los clérigos encargados de explicar la posición del gobierno en el terreno religioso<sup>61</sup>.

Las famosas *sacas* de prisioneros del verano y el otoño de 1936 eran otro argumento clave de los sublevados, por lo que los viajes solían incluir visitas a instituciones penitenciarias. La práctica tardó en implantarse, pues el gobierno no recuperó el control de sus cárceles hasta finales de 1936: a mediados de noviembre, las autoridades tuvieron que admitir la existencia de «prisiones clandestinas» ante una delegación de parlamentarios británicos<sup>62</sup>. Pero cuando el deán de Canterbury visitó el País Vasco estaban mejor preparados: los delegados estuvieron en un «campo para prisioneros políticos» que «podría [haber servido] de modelo para cualquiera en Europa»; los prisioneros les aseguraron «de forma unánime» que estaban recibiendo un buen trato<sup>63</sup>. Este tipo de declaraciones, que se repiten en los relatos de turistas posteriores, escondían una realidad más sombría: las *chekas* siguieron funcionando durante toda la guerra. John McGovern, diputado del Independent Labour Party, lo comprobó cuando visitó Barcelona a finales de 1937 para investigar la situación de los presos del POUM. Manuel de Irujo le concedió permiso para visitar las cárceles de la ciudad, pero los responsables de la situada en la calle Vallmajor le prohibieron el acceso y los esfuerzos del ministro para conseguir un permiso fracasaron<sup>64</sup>.

El programa de los viajes pretendía, por último, subrayar los logros del gobierno en áreas como la educación, la protección del patrimonio, la vida parlamentaria y la defensa. Las escuelas creadas por los gobiernos central y catalán formaron parte del itinerario de turistas como la duquesa de Atholl, el deán de Canterbury y el príncipe Löwestein, que elogiaron de forma unánime la voluntad del régi-

---

<sup>60</sup> LOEWESTEIN, H. F.: *A Catholic in Republican Spain*, Londres, Victor Gollancz, 1937, pp. 90-104.

<sup>61</sup> ATHOLL, K., *et al.*: *Report...*, *op. cit.*, pp. 8-9.

<sup>62</sup> *Report of the visit by an all-party group...*, *op. cit.*, 8. TOYNBEE, P.: «Journal of a naive revolutionary», en TOYNBEE, P. (ed): *The Distant Drum. Reflections on the Spanish Civil War*, Londres, Sidgwick & Jackson, 1976, p. 159.

<sup>63</sup> *Manchester Guardian*, 26 de abril de 1937; *Report of a recent religious delegation...*, *op. cit.*, p. 7.

<sup>64</sup> MCGOVERN, J.: *Terror in Spain*, Londres, 1938, pp. 9-13.

men de acabar con el secular analfabetismo español. Más frecuentes aún fueron las visitas a depósitos de arte, con las que los republicanos pretendían desmentir que la revolución hubiera destruido la mayor parte del patrimonio español. El más sonado de estos viajes, el que realizaron Kenyon y Mann en agosto de 1937, fue cuidadosamente preparado por los gobiernos central y catalán, conscientes de que suponía una oportunidad única para contrarrestar las acusaciones de sus adversarios. Acompañados por el *conseller* Pere Bosch Gimpera y el presidente de la Junta Central del Tesoro Artístico, los expertos visitaron los principales museos, iglesias, monasterios, bibliotecas y archivos de la zona gubernamental. A juzgar por su informe, hicieron una inspección exhaustiva: en las Torres de Serranos de Valencia, donde el gobierno había trasladado las obras maestras del Prado a raíz del asedio de Madrid, sus guías pusieron a prueba la incombustibilidad de los embalajes y les mostraron todos los cuadros que quisieron ver<sup>65</sup>.

En octubre de 1937, el gobierno inauguró también la costumbre de invitar a observadores extranjeros a las sesiones de Cortes para que comprobaran la normalidad democrática reinante en la zona republicana. A la del 1 de octubre de ese año asistieron dos diputados laboristas; en la celebrada el 1 de febrero de 1938 en el monasterio de Montserrat hubo cinco delegados británicos, además de parlamentarios franceses, belgas y escandinavos<sup>66</sup>. Por las mismas fechas llegaron a Barcelona el comandante Goddard y otro oficial británico con el propósito de estudiar la evolución de las fuerzas armadas de la República. Desde el otoño anterior, la construcción del «nuevo ejército» era otro tema recurrente de la propaganda gubernamental: la captura de Teruel a finales de diciembre convirtió momentáneamente a la ciudad en el principal destino turístico de la zona<sup>67</sup>. Goddard también

---

<sup>65</sup> Los preparativos se describen en AZCÁRATE, P.: *Mi embajada en Londres durante la Guerra Civil española*, Barcelona, Ariel, 1976, pp. 114-119; BOSCH-GIMPERA, P.: *Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1980, pp. 259-260, y ÁLVAREZ LOPERA, J.: *La política de bienes culturales del gobierno republicano durante la Guerra Civil Española*, I, Madrid, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, 1982, pp. 150-154. El de SWAFFER, H.: *A British Art-Critic...*, *op. cit.*, es otro típico relato de viaje a los centros artísticos de la zona republicana.

<sup>66</sup> *La Vanguardia*, 2 de febrero de 1938. *The Memoirs of the Earl of Listowel*, 1996, cap. 4, en <http://www.redrice.com/listowel/CHAP4.html> (página visitada el 15 de marzo de 2006).

<sup>67</sup> HALDANE, C.: *Truth...*, *op. cit.*, pp. 127-131.

estuvo allí antes de examinar las instalaciones militares, cuarteles y frentes de Madrid y sus alrededores. Previsiblemente, su informe sobre la visita destacaba «el orden y la organización» que había encontrado en todas partes y el carácter «puramente español» de la mayoría de las unidades que había visto<sup>68</sup>.

## El regreso

Las atenciones de las autoridades republicanas hacia sus huéspedes y sus esfuerzos para mostrarles la «realidad» de la guerra tenían una única finalidad: convertirles en propagandistas de su causa. Como ha señalado Mazuy a propósito de los viajes organizados a la Unión Soviética, el turismo republicano se basaba en un «contrato tácito» entre el anfitrión y el visitante: el primero ofrecía hospitalidad y transparencia; el segundo se comprometía a dar testimonio de sus impresiones en su país<sup>69</sup>. El pacto era de hecho totalmente explícito: los anfitriones recordaban a menudo a sus invitados para qué estaban en España, como demuestran las intervenciones de las autoridades en el Congreso de Escritores de julio de 1937. En la sesión del día 10 en Valencia, el presidente de las Cortes pidió a los delegados que se limitaran a dar un testimonio «de veracidad...»; días antes, la escritora María Teresa León les había exigido en Madrid que plasmaran su experiencia en «hechos», «novelas», «artículos» y «conferencias» capaces de «agitar al mundo»<sup>70</sup>. Se trataba, en suma, de que los viajeros utilizaran su experiencia directa de la guerra, y la autoridad intelectual que ésta les confería, para movilizar a sus compatriotas contra la No-Intervención.

Los turistas empezaban a cumplir su parte del contrato antes incluso de cruzar la frontera, porque la mayoría de los itinerarios incluían actos de propaganda destinados a la opinión británica. La visita de la delegación Attlee fue filmada por los realizadores del Progressive Film Institute: de ahí salió el documental *Mr. Attlee in Spain*<sup>71</sup>. A su

<sup>68</sup> «Red Spain –February 1938», *doc. cit.*

<sup>69</sup> MAZUY, R.: *Croire plutôt que voir?...*, *op. cit.*, p. 244.

<sup>70</sup> Las citas provienen de AZNAR SOLER, M., y SCHNEIDER, L. M.: *II congreso internacional de escritores...*, *op. cit.*, vol. III, pp. 227 y 127. *La Vanguardia*, 3 de febrero de 1938.

<sup>71</sup> CRUSELLS, M.: *Las Brigadas Internacionales en la pantalla*, Ciudad Real, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 238-239.

paso por Madrid, la duquesa de Atholl y sus acompañantes hablaron por los micrófonos de «La Voz de la España republicana», la misma emisora que entrevistó al príncipe Löwestein en agosto de 1937 y a varios diputados laboristas en enero de 1938. William Dobbie, integrante de esta delegación, pidió el fin de la No-Intervención y dijo desear sinceramente «que todo el pueblo británico hiciera conmigo este viaje y padeciera con nosotros y con el pueblo español los rigores de un bombardeo aéreo como el que acabamos de presenciar»<sup>72</sup>. Él y sus compañeros certificaron la falsedad de los rumores referentes a la destrucción del patrimonio artístico español: sus autógrafos fueron publicados poco después por el Patronato Nacional de Turismo del gobierno<sup>73</sup>.

A su regreso, los turistas solían hacer declaraciones a la prensa, hablar en la BBC o escribir artículos, crónicas o informes sobre su viaje. Aunque Goddard y Fletcher transmitieron sus impresiones al Foreign Office, la mayoría optaron por dirigirse directamente a la opinión pública. Sus testimonios, muy similares entre sí, solían ser un fiel reflejo de la versión gubernamental de la guerra. Para defenderse de eventuales acusaciones de parcialidad, los viajeros solían añadir que sus conclusiones estaban basadas en una investigación rigurosa: nadie había intentado manipularles. La delegación presidida por el deán de Canterbury aseguró en una carta al *Manchester Guardian* que «las autoridades y el pueblo nos dieron todas las facilidades para realizar nuestra investigación. Dijimos lo que queríamos ver y adónde queríamos ir, y de forma inmediata y solícita se nos dieron las facilidades necesarias, hasta el punto de permitirnos hablar en privado con los prisioneros políticos». En el artículo que publicó sobre su viaje, Kenyon señaló también: «no hemos percibido apariencia alguna de un deseo de ocultarnos algo». Más cauto, Goddard advirtió al Foreign Office de que las opiniones citadas en su informe eran las de sus informantes españoles.

Cada turista daba testimonio a su manera. Los parlamentarios laboristas que visitaron Madrid en septiembre de 1936 lo hicieron ante un comité sobre las violaciones del acuerdo de No-Intervención

---

<sup>72</sup> *La Vanguardia*, 21 de enero de 1938. Sobre estas charlas véase también JACKSON, A.: *British Women and the Spanish Civil War*, Londres, Routledge, 2002, pp. 146-148.

<sup>73</sup> *Our Journey to Spain...*, *op. cit.* Sobre el Patronato Nacional de Turismo, véase FERNÁNDEZ FÚSTER, L.: *Historia general del turismo de masas*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 276-294.

(una criatura de Otto Katz) y ante la conferencia anual de su partido, celebrada en Edimburgo a principios de octubre<sup>74</sup>. El deán de Canterbury y sus acompañantes crearon un «Christian Committee for Food to Spain» y emprendieron una gira de mítines prorrepúblicanos por toda Gran Bretaña<sup>75</sup>. La formación de comités de ayuda fue otro resultado habitual de los viajes: el *National Joint Committee for Spanish Relief*, el más importante de los que funcionaron en Gran Bretaña durante la guerra, nació a raíz de la visita a España de una delegación parlamentaria organizada por Leah Manning en noviembre de 1936<sup>76</sup>. Por diversas vías, en definitiva, los viajeros se convertían en vehículos de la propaganda republicana en su propio país. De los turistas que sirven de base a este trabajo, sólo uno (el conservador A. W. H. James, miembro de la delegación citada) se negó a prestarse a este juego<sup>77</sup>.

La docilidad del resto obedecía sin duda a distintas razones. Para los viajeros militantes, su compromiso con la República era un motivo suficiente para colaborar<sup>78</sup>. El diario de Philip Toynbee, un universitario comunista que visitó España a finales de 1936, refleja las paradojas de su posición: eran conscientes de representar una parodia —Toynbee llegó a «llorar de risa ante el absurdo de su misión»—, pero seguían creyendo todo lo que les contaran sus guías —como que los presos de Madrid habían sido «evacuados» a causa de la carestía de alimentos—<sup>79</sup>. Para estos militantes, la experiencia pudo tener a lo sumo un efecto movilizador: el laborista James Griffiths, que recorrió la zona republicana con una delegación de su partido en enero de 1938, declaró más tarde que la visita acabó con su viejo pacifismo<sup>80</sup>. Pero los viajes influyeron sobre todo en los turistas imparciales: para Kenyon, descubrir que los «rojos» no eran los bárbaros que le había

---

<sup>74</sup> El origen del comité se describe en KOESTLER, A.: *La escritura invisible*, II, Barcelona, Debate, 2000, p. 355.

<sup>75</sup> BUCHANAN, T.: *Britain and...*, *op. cit.*, pp. 173-175.

<sup>76</sup> MANNING, L.: *A Life for Education*, Londres, 1970, pp. 112-119, y FYRTH, J.: *The Signal was Spain: The Aid Spain Movement in Britain, 1936-1939*, Londres, Lawrence and Wishart, 1986, p. 201.

<sup>77</sup> COX, G.: *Defence of Madrid*, Londres, 1937, p. 125.

<sup>78</sup> MARTIN, K.: *Editor. A Second Volume of Autobiography, 1931-1945*, Londres, 1968, p. 217.

<sup>79</sup> TOYNBEE, P.: «Journal of a naïve revolutionary...», *op. cit.*, p. 158.

<sup>80</sup> FRANCIS, H.: *Miners against Fascism. Wales and the Spanish Civil War*, Londres, Lawrence and Wishart, 1989, pp. 133-134.

descrito su amigo el duque de Alba supuso una conmoción<sup>81</sup>. En todo caso, rara vez tuvieron efectos contraproducentes: el de Stephen Spender, que se marchó del Congreso de Escritores sintiendo «una profunda insatisfacción» y no volvió a España durante el resto de la guerra, es el único caso de rechazo del que hay constancia<sup>82</sup>.

Sea por el compromiso de los turistas, sea por la excelencia de las «técnicas de hospitalidad» republicanas, los viajes tuvieron casi siempre el resultado esperado: servir como «resonadores» o «amplificadores» de la propaganda gubernamental<sup>83</sup>. De ahí la intensa controversia que rodeó desde el principio a estas «misiones de investigación» en la prensa y el parlamento británicos. Los sublevados y sus partidarios ingleses, como el católico Arnold Lunn —que, por cierto, viajó a la zona franquista en dos ocasiones—, las presentaron como «viajes a la Potemkin», esto es, simples ejercicios de manipulación<sup>84</sup>. El gobierno de Londres, que las veía del mismo modo, trató de obstaculizarlas por medios legales pero acabó rindiéndose ante las protestas de la oposición: tras el viaje de Attlee, el que más polémica generó de toda la guerra, eliminó las restricciones para la entrada de súbditos británicos en España que había impuesto durante la primavera anterior<sup>85</sup>. La propaganda turística de la República fue, por tanto, un éxito, aunque no tan grande como esperaban sus artífices. Éstos confiaban en que la agitación generada por los viajes acabara derribando al gobierno de Chamberlain y poniendo fin a la No-Intervención, pero se equivocaron. La ingenuidad de sus ilusiones se refleja en los recuerdos del laborista Emmanuel Shinwell sobre su viaje a España a principios de 1938: la recepción que recibió su delegación en Barcelona, señala, «fue de un entusiasmo patético. Tuve la inquietante impresión de que pensaban que el gesto de unas cuantas visitas de socialistas extranjeros bastaba para garantizar la victoria»<sup>86</sup>.

---

<sup>81</sup> AZAÑA, M.: *Diarios completos*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 1097. Véase el artículo aparecido en el *Daily Herald* de 30 de noviembre de 1938 sobre la «conversión» al republicanismo del diputado conservador Michael Weaver tras su viaje.

<sup>82</sup> SPENDER, S.: *World within World*, Londres, Faber and Faber, 1991, p. 247.

<sup>83</sup> *La Vanguardia*, 3 de febrero de 1938.

<sup>84</sup> LUNN, A.: *Spanish Rehearsal*, Londres, 1937, p. 209.

<sup>85</sup> La política del gobierno británico respecto a los viajes se refleja en «Restrictions on British Subjects to Spain», abril de 1937, PRO, FO 371 / 21394, W 7390.

<sup>86</sup> SHINWELL, E.: *Conflict without Malice*, Londres, 1955, p. 141.